



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
FEBRERO-MARZO
2023



No. 42

¿Con quién vas a practicar hoy?



RESERVA TU CLASE

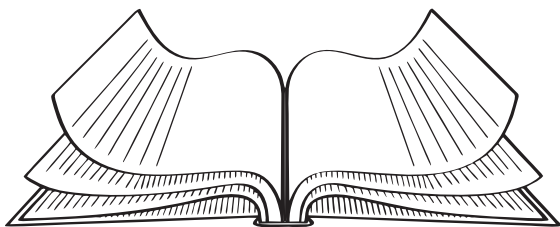
por mensaje directo

Fitpass o Gympass

Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX

Arquímedes 198, Polanco, 11550, CDMX

Praga 33, Juárez, 06600, CDMX



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 42

www.porescrito.org





PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

<i>Versos del tiempo</i>	
Juan Carlos Padilla Monroy	7
<i>Buscándote</i>	
Gabriela García Landa	10
<i>Reverbera</i>	
Roberto Antonio Remedi	11
<i>Suerte</i>	
Ana Gabriela Banquez Maturana	12
9	
Viktor Olvera	13
<i>Aún te veo</i>	
Érika Reyes	15
<i>Mi noche con la lluvia</i>	
Josefa Laura Pérez Aguilera	16
<i>Cuando muera</i>	
Mar Beltrán	17

FIRMAS

<i>El muerto en el mar de la Urca</i>	
Clarice Lispector (FCE, 2021)	19
<i>Sobre la imposibilidad de tu falta de belleza</i>	
Fernando Corona	21
<i>Cortesías mal correspondidas</i>	
Andrea Fischer	23
<i>El valiente</i>	
María Elena Sarmiento	27
<i>Una noche en El Torito</i>	
Cecilia Durán Mena	29
<i>In Memoriam</i>	
Paúl Nuñez / J.L.Eduardo Caballero D.	34

IMAGINARIO

VOCES

<i>Adagio</i>	
Arturo Villafranca	41
<i>Café solo</i>	
Juan González Repiso	42
<i>El esposo de trapo</i>	
L. Valencia	45
<i>Herencia</i>	
Juan Antonio González Díaz	47
<i>Lup dup</i>	
Gilberto Bustos A.	51
<i>Muy Señora mía</i>	
Francisco Duarte	52
<i>Nocturnal</i>	
Miguel Ángel Luna Vargas	54
<i>Rumbos</i>	
Francisco Duarte Cué	58
<i>Entre el diván y el panteón de los cerezos</i>	
Carmen Moreno	59
<i>Conversión</i>	
Gerardo Melgarejo S.	61
<i>El hombre</i>	
Josefa Laura Pérez Aguilera	62

Hablando por escrito

La literatura y las ideas en México suelen aliñarse en las revistas. Estas publicaciones son centros de irradiación y ricos semilleros de donde emergen las tendencias de narrativa, poesía y pensamiento crítico. Para nosotros, *Pretextos literarios por escrito* es, en muchos sentidos, un gesto más de pasión por la literatura y el arte.

Nuestra vocación tiene la mirada puesta en esa aspiración de liberar ideas y de ser un testimonio de las diferentes fuentes de inspiración que nos llevan a vencer la hoja en blanco y que nos invitan a leer. En cada letra que imprimimos, está nuestra intención de comunicar aquello que nos conmueve y nos permite trascender la frontera de nosotros mismos.

Creemos, tal como lo escribió hace algunos años Alejandro Rossi en su “Borrador de un elogio” a Octavio Paz, que: “...la cautela es el peor aliado del escritor, que la libertad debe ser el pan nuestro de cada día, el alimento de la aventura artística”. Esta visión que sostenemos tenazmente en estas páginas se combina con singulares oficios de escritura colectiva, ejercicios y juegos literarios entre autores y con lectores. Así activamos las dendritas que se enhebran para tejer la conciencia cultural de nuestro momento histórico. Nuestro gran cariño por el oficio de la escritura florece al dejar testimonio de nuestra expresión *por escrito*.

En ese sentido, *Pretextos literarios* es a la vez la continuación de una tradición que hemos heredado ya que han sido muchas las revistas literarias que nos han precedido y al tiempo es una rareza, ya que insistimos en llegar a nuestros lectores a través de todos los medios modernos a nuestro alcance sin perder de vista que nuestro origen y centro sigue siendo el ejemplar impreso.

Estamos seguros de que la más verdadera y reconcentrada historia de la literatura moderna en español está en estas revistas, que son brújula y escollo a la vez; hilo de Ariadna y laberinto, pitonisa y enterrador. Las revistas le otorgan estructuras a la continuidad y razones a las rupturas. Hacen puentes de papel; impulsan la curiosidad y el diálogo, propician la civilización, desenredan la inteligencia, nos llevan a asumir responsabilidades críticas y morales. Nuestra intención —nuestros ejemplares— es vacunarnos contra la indolencia y la soberbia que nos aquejan como sociedad.

Nuestra misión en *Pretextos literarios por escrito* es seguir atrapando lectores para nunca dejarlos ir, propiciar que los textos escapen de la oscuridad del cajón, del archivero, del olvido. Quien lea esta revista, o la relea, en línea, en físico, en su emisión radiofónica, en los conversatorios, en los cursos, ayuda a seguir con este propósito que nos da vida.

Insistimos en celebrar la oportunidad de publicar nuestra revista, y de disfrutar la rara sensación que deriva de ejercer como autores al noble servicio del lector.

La editora general



Revista *Por escrito* te invita a sus talleres y cursos:

**CURSO DE
APRECIACIÓN
LITERARIA**

**TALLER DE
ESCRITURA
CREATIVA**

**CURSO DE
ANTROPOLOGÍA
LITERARIA**

**TALLER DE
LECTURA**

Para más información escribe a:

CONTACTO@PORESCRITO.COM

Versos del tiempo

Juan Carlos Padilla Monroy

Amada mía:

cómo explicar con palabras

la historia detrás de estas vidas.

¿Es el destino?

o qué imperiosa tempestad

nos impide compartir el camino.

Ni el tiempo ni la distancia

han borrado tu huella de este corazón

que aún clama:

porque no puede entender tu ausencia,

porque no puede saciar sus ganas...

Hemos vivido efímeras quimeras,

instantes mágicos,

momentos únicos...

y hemos consolado el corazón

mintiendo:

“por todo lo que no pudo ser”,

por aquello que podría haber sido,
por todo lo que podríamos tener
si así lo hubiésemos querido...

Jamás entenderé nuestra anacronía sincrónica:

yo vacilaba cuando tú persuadías
yo palpitaba cuando tú resistías.

Hemos buscado el Amor

porque anhelamos sus alegrías,
pero ahí donde debía haber pasión
sólo hemos encontrado simpatías.

Conocemos muy bien nuestras almas,
porque nos hemos mirado a los ojos,
donde hemos encontrado la calma,
porque sabemos que hay algo especial en nosotros.

No sé qué sucederá,
el futuro aún nos espera,
pero ya sea felicidad,
tristeza,

o melancolía,
debo reconocer con certeza que,
aunque en la tierra no estemos juntos,
¡para mí serás por siempre!
porque tú eres el Amor de mi Vida.



Guirza Shueke

Buscándote

Gabriela García Landa

en el fin del mundo hallé mi isla personal de tesoros perdidos.
Esperándome
en el deterioro estaban mis crayones de la infancia
el cuento de un lobo que anhelaba ser oveja y murió decepcionado,
el ropero de la abuela y un trozo de mí
frágil como libélula,
que escondí hace tiempo para protegerlo del granizo.
Y hasta hoy

permanecía abandonado.



Guirza Shueke

Reverbera

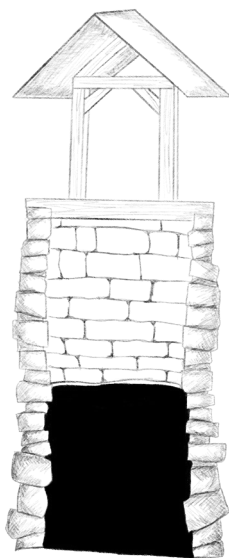
Roberto Antonio Remedi

Desde la boca
peligrosa
del aljibe
el grito
de un niño
se precipita
en los adentros.

En el fondo
el agua quieta
refleja
un cielo
bien redondo
y recorta
el perfil
de una cabeza.

El grito
travieso
se dispara
y reverbera
en el cilindro
del aljibe
sostenido
por el tiempo.

Entonces
vuelve
ahora
entre rebotes
el grito
temerario
hacia
mi boca.

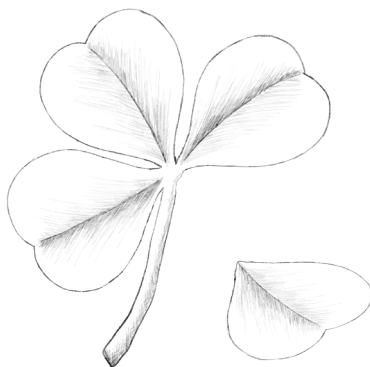


Paloma Niembro

Suerte

— Ana Gabriela Banquez Maturana —

Resbalosas gotas de rocío,
se arrastran miserablemente por mi rostro,
y se adhieren a la carne dolorosa que arropa mi alma.
No fingen aquellas lágrimas,
el hastío inefable en que se sumerge mi vida,
y en ese instante solo deseo la muerte,
para ver si tan grave mal halla mi cause.
Resignarme al desvarío hiperbólicamente desde mi casa en ruinas,
con mi vida plenamente destruida.
No pierde cordura.
Haciéndole moldura a las crueles afrentas,
del desprecio profundo de la suerte mediocre que me tocó.
En mi curso recurrente,
se desvaneció mi buena fortuna,
entre un espabilar huyó,
y el festín de mis desdichas presidió.
La horrible arpía me traicionó,
la busqué entre días,
la aceché entre noches,
pero el viento la ocultó.
Y no la veo,
no la toco,
no la siento,
por mucho anhelo que le tengo.



Paloma Niembro

9

Viktor Olvera

Aquí yacen unos restos
que no son parte de mis restos
son los restos de un cuerpo
que canta sus heridas,
un cabello enraizado a sus ideas
una mancha de lápiz labial
un pedazo de papel arrancado de un cartel
donde se lee "...amo..."
y un cadáver de mi rostro
pronunciado en secreto, como en un sueño,
parece más un carbón intacto
que un modelado escultórico
o una noche de nada que hacer,
encontré una casa embrujada,
me escabullí entre sus piernas
le hice el amor y desistí de mis adentros,
apareció una sombra
donde ni siquiera había luz,
nunca he sido de visiones
pero a veces creía ver
que me escalaban arañas por los brazos
o que así se sentía estar drogado,
aparecían recuerdos de juguetes
o de juegos
enmarcados en memorias de otras vidas
enrarecidos por una casa en ruinas
y los efectos del cine en la memoria,
aquí yacen unos restos
que no son obra y gracia
ni jamás lo fueron,
de ningún ser celestial, vivo o muerto
ni son la vida y obra
del personaje peculiar de las historias
del vecino que golpeaba a sus hijos
del amigo del amigo
que tiene un primo en la marina
del sicario
del bombero,

tan solo son cenizas bajo el fuego,
parecen nubes muertas,
quién las habría de olvidar
cuando riegue las macetas
o me vuelva millonario
quién las hay para olvidar juntos,
a qué clase de opiniones he someter mi juicio,
hablo porque me nombras
a fuerza de recuerdos camino
a razón de esperanzas duermo
a conjuros y deseos empeño el delito,
en estos restos duermo
y ante ellos sigo vivo,
quién me habrá de contrariar
si me levanto de los muertos
quién si me deshago de mis restos
y yazco debajo de las ruinas de este incendio



Valeria Bandala

Aún te veo

Érika Reyes

Te veo en la luna
porque me dijiste que me parecía a ella.
Te veo en el sol
porque recuerdo la risa
que iluminaba mi vida.
Te veo en las letras
porque recuerdo los textos
que me escribías.
Te veo en las estrellas
por las promesas que susurramos.
Te veo con los ojos cerrados
porque al abrirlos
la luna brilla sola.
El sol se esconde entre las nubes,
las letras se refugian en canciones
y las estrellas
desaparecen con el tiempo.



Paloma Niembro

Mi noche con la lluvia

Josefa Laura Pérez Aguilera

Anoche desperté con la lluvia. Abrí los ojos y se nubló mi vista, quise hablar y el agua me entró a raudales por la boca. No supe en qué momento se llegó junto a mí.

Nos habíamos mirado larga e intensamente a través de la ventana. Ella había expresado su deseo; yo, invocado su tacto. Ahora tenía sus huellas en todo el cuerpo. Esquiva a mi abrazo se me introdujo en la garganta, cerró mis párpados, persistió entre mis piernas.

Traté de pensar. Quise levantarme del lecho tomado pero ramas, hojas y grandes insectos que trajo consigo entorpecían cada uno de mis movimientos. Aturdida por el encuentro permanecí ansiosa tratando de asirla, resuelta a terminar lo que habíamos iniciado.

Grité su nombre, quise besarla. Amante, me envolvió en una intensa ráfaga que me impactó el rostro y el cabello; mi cuerpo todo. Perdí el sentido. Hoy desperté sin la lluvia.



Valeria Bandala

Cuando muera

Mar Beltrán

Cuando muera no permitas que me entierren
no dejes que arrojen sobre mí palas de tierra

Quiero ser ceniza polvo que se encuentre con el viento
mecirme en el columpio de las hojas

Cuando me haya ido no olvides pronunciar mi nombre
llámame con tres o cuatro letras que yo pueda escucharte

No temas al sentir un leve roce en tu mejilla
una caricia hecha de recuerdos

Cuando no sea más no olvides gritar mi nombre
tu voz será el faro en mi noche de tinieblas



Guirza Shueke

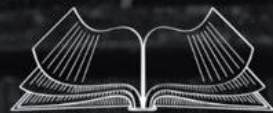


CURSO DE

ANTROPOLOGÍA LITERARIA

Para más información escribenos:

CONTACTO@PORESCRITO.COM



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

El muerto en el mar de la Urca

Clarice Lispector

Aprobado para su publicación por Ed. FCE
(*Todos los cuentos*, FCE, México, 2021)

Estaba en el departamento de doña Lourdes, la costurera, probándome mi vestido, que pintó Olly, y doña Lourdes dijo: se murió un hombre en el mar, mire a los bomberos. Miré y sólo vi el mar que debía estar muy salado, mar azul, casas blancas. ¿Y el muerto?

El muerto en salmuera. ¡No quiero morir! Me grité muda dentro de mi vestido. El vestido es amarillo y azul. ¿Y yo? Muerta de calor, no muerta de mar azul.

Voy a contar un secreto: mi vestido es hermoso y no quiero morir. El viernes el vestido va a estar en casa, y el sábado me lo voy a poner. Sin muerte, sólo mar azul. ¿Hay nubes amarillas? Las hay doradas. Yo no tengo historia. ¿Y el muerto sí? Sí: fue a nadar en la Urca, el tonto, y se murió, ¿quién le manda? Yo me meto al mar con cuidado, no soy tonta, y a la Urca sólo voy para probarme vestidos. Y tres blusas. S. fue conmigo. Es minuciosa en las pruebas. ¿Y el muerto? ¿Minuciosamente muerto?

Voy a contar una historia: érase una vez un muchacho todavía joven al que le gustaba nadar en el mar. Así que una mañana de miércoles fue a la Urca. Yo a la Urca, a las piedras de la Urca, no voy porque están llenas de ratones. Pero el muchacho no se fijaba en los ratones. Ni lo ratones en él. En el caserío blanco de la Urca. En eso se fijaba. Entonces había una mujer probándose un vestido y que llegó demasiado tarde: el muchacho ya estaba muerto. Salado. ¿Había pirañas en el mar? Fingí no entender. Realmente no entiendo la muerte. ¿Un muchacho muerto?

Muerto por lo tonto que era. A la Urca sólo hay que ir a probarse vestidos alegres. La mujer, que soy yo, sólo quiere alegría. Pero me inclino ante la muerte. Que vendrá, vendrá, vendrá. ¿Cuándo? Ésa es la cosa, puede venir en cualquier momento. Pero yo, que estaba probándome el vestido en el calor de la mañana, pedí una prueba de Dios. Y sentí algo intensísimo, un perfume de rosas demasiado fuerte. Tuve, pues, mi prueba, mis dos pruebas: la de Dios y la del vestido.

Sólo hay que morir de muerte natural, nunca de desastre, nunca por ahogarse en el mar. Pido protección para los míos, que son muchos. Y la protección vendrá, no tengo duda.

Pero, ¿y el muchacho? ¿y su historia? Tal vez era estudiante. Nunca lo sabré. Me quedé viendo el mar y el caserío, nada más. Doña Lourdes imperturbable, preguntándome si estrechaba más la cintura. Yo le dije que sí, que la cintura debe verse estrecha. Pero estaba atónita. Atónita en mi vestido hermoso.



Paúl Núñez

Sobre la imposibilidad de tu falta de belleza

Fernando Corona

En principio, amor mío,
porque la disertación deja de ser de anatomía
para ser de arquitectura y tiempo...
Interminable,
como debieran ser todos los muros,
firme, inamovible, cimentada,
belleza que es de piel y tono y sangre
sólo para vestirte en esta vida.
Si me observas, los arcos de tus ojos
contienen un momento que no, jamás se agota,
y que no puedo precisar
si es del siglo XVI o XVII
o si es de algún estilo decisivo.
Yo soy tan ignorante, amor,
que clasifico tus ojos en mis ansias
en una lista así de diminuta.
Tus piernas, desde el tiempo en que soy tuyo,
levantan este cuerpo
sobre la dictadura de tu beso fijo
y tus manos,
que son simples, pequeñas, como dunas de jardín,
encuentran ignoradas precisiones
en ese hurgar de luz que sale a tierra.
Eres bella, mi amor,
porque en tu entorno se agita este silencio
que descubrí para ponerle voces.
Y ese crujir, mi dueña, de tus huesos
cuando mi abrazo se te arroja,
ese incesante escalar nota por nota
los pianos de tu cuerpo
hasta alcanzar el centro y extasiarlo
a gritos, pausas, manos y vaivenes,
recita más palabras
que toda posibilidad de más lenguajes.
Bella mía, no cabe pensamiento,

no hay lugar para razón
en esa zona inquieta de tu risa.
Tan sólo mírame, levántame,
¿ya ves cómo reflejas en mis ojos
la posibilidad más absoluta
de reencontrar el mundo que deseamos bello?



Guirza Shueke

Cortesías mal correspondidas

Andrea Fischer

1. *Un hombre de gustos delicados*

Cuando lo conocí, nunca me imaginé que tendría una colección de mariposas muertas pegadas en la pared de su sala. Todas de especies diferentes, con las alas intactas y el cuerpo clavado por un alfiler finísimo en la superficie de un cuadro a la medida. Rubén es de gustos *delicados*, por llamarlos de alguna manera.

Cada una de las mariposas estaba cuidadosamente escogida por hábitat natural y densidad de población silvestre, me dijo alguna vez. La primera vez que subí a su departamento, la vastísima colección de insectos inmóviles me sorprendió: de primera impresión, parecía que estuvieran todavía vivas, pegadas a la pared.

Los vidrios de cada cuadrito son completamente traslúcidos, y parecen no tener marco hasta que te acercas a mirar. La verdad es que yo no tenía intención de entrar: el repartidor de pizza se había confundido de timbre, y decidí tenerle una cortesía al vecino nuevo. Qué caro me salió.

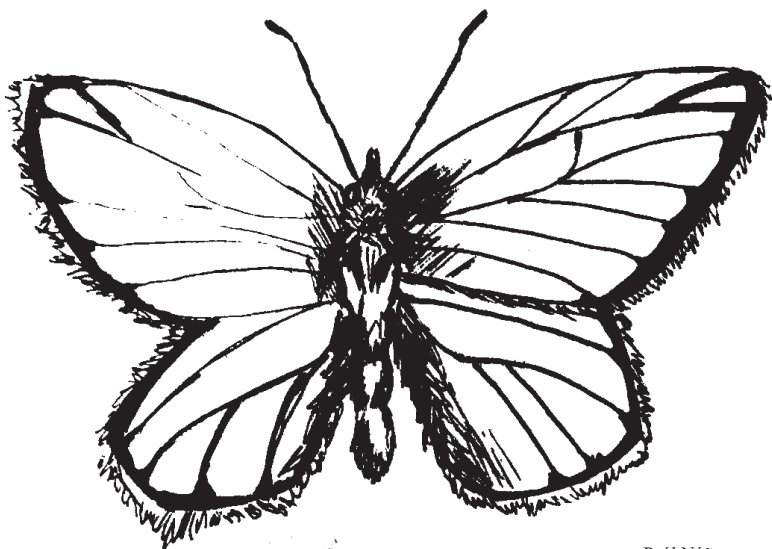
2. *Anticuario de clóset*

Rubén se describía a sí mismo como *anticuario de clóset*. Sobre todo, porque tenía el registro más vasto en su conocimiento de especies de insectos con alas, que conservaba para sí como si se tratara del último vestigio de diversidad en el mundo. Especialmente de mariposas, que le parecían “sencillamente fascinantes”.¹

El día que le llevé la pizza no fue el último que nos cruzamos. Me lo encontraba seguido en la jaula de lavado —porque estaba en el sótano del edificio—, y me pareció curioso que el vecino de enfrente tuviera los mismos horarios de lavandería que yo (a las 4:30 de la madrugada). Muy pronto me sentí incómoda con sus pláticas de tres pesos, así que decidí cambiar a las 4:30 de la tarde (cuando se supone que la gente *está en la oficina*). Como trabajo en línea, realmente no importa a qué hora lave la ropa. Para mi sorpresa, a las dos semanas se presentó con su bote de ropa sucia a la misma hora que yo.

Volví a cambiar el horario, ahora a las 10:30 de la noche. Cuando se presentó ahí mismo, desistí: me puse audífonos y fingí no escucharle entrar. No sé si me hizo plática; no sé si se enteró de que no me interesaba escucharle. Lo cierto es que unos días más tarde me llevó, directo a la puerta de mi departamento, una cajita perfectamente envuelta con un moño

¹ <https://www.muyinteresante.com.mx/cuerpo-mente/por-que-la-gente-demasiado-amable-es-tan-molesta-segun-la-ciencia/>



Paúl Núñez

translúcido. Tocó el timbre y, antes de que pudiera saludarlo, extendió los brazos ofreciéndomela:

—Es un ejemplar que me trajeron de Brasil. Justamente hoy, hace dos años —hizo una pausa breve—. Si no te gusta, la podemos cambiar por algo más *interesante*.

Su sonrisa acerada me erizó la espalda.

3. *Insectos muertos en la pared*

No sé cómo, pero Rubén me llevó a su departamento para enseñarme los ejemplares más raros que tenía en su colección. Me dijo, uno por uno, los nombres de cada una de las mariposas que tenía colgadas en la pared de la sala. Me impresionó que se las supiera de memoria, así como su lugar de origen y estado de conservación. A la media hora, me sorprendí a mí misma en su bodega personal.

Era como entrar a una crisálida. Repleta de insectos alados gigantes, me asqueó que parecían devolverme la mirada con los ojos que tenían impresos en las alas. Incluso, me mostró una especie de mariposa extinguida a principios del siglo xx. Oriunda de San Francisco, un ejemplar rarísimo de mariposa azul

de Xerces,² que algún aficionado le había cedido porque le ocupaba demasiado espacio en el desván. Mirándola con parsimonia, se lamentó:

—Perdimos una pieza del rompecabezas de la biodiversidad.

Y me pareció rarísimo, siendo que él pedía ejemplares que todavía revoloteaban por ahí para colgarlos en su acervo particular. La Amazonia se quedaba corta de especies aladas a comparación de los archivos extensísimos que Rubén tenía en su casa. La sala no era el único lugar donde guardaba los especímenes que recolectaba de alrededor del mundo. Recordé que, alguna vez —en la inefable jaula de lavado— me confesó, casi por error, que nunca había salido de la Ciudad de México.

Cuando tuve la primera oportunidad, le inventé que había dejado algo en el horno y que no podía quedarme más tiempo viendo su colección. Pero que se lo agradecía muchísimo, *de veras*. En su mirada distinguí una sombra de decepción. Para ese momento, sus sentimientos eran la última de mis preocupaciones: yo sólo quería salir de ese capullo de cristal lo antes posible. No me di cuenta de que, sin querer, dejé la cajita perfectamente envuelta sobre la mesa de café en la sala.

4. *Ecocidio*

Pasaron meses antes de que volviera a saber de Rubén. Aunque me daba paz no encontrármelo en mi momento de lavado —que casi se hizo sagrado en aquel silencio—, sentía cierta inquietud de que no se había aparecido en un muy buen rato. Una vez, yendo al súper, encontré una lona afuera del edificio diciendo que se rentaba un departamento de 180 m², justo en mi mismo piso.

Esa noche, le marqué al arrendador. Cuando me contestó, sentí un alivio muy extraño en su voz:

—¿Cuándo viene a verlo? —me insistió.

Quedamos en encontrarnos en el lobby esa misma tarde. Cuando nos conocimos, fue demasiado amable conmigo. En la Ciudad de México, esas actitudes generan más desconfianza que familiaridad. Al subir, me condujo por el pasillo hasta el departamento de Rubén. Asumo que percibió resistencia de mi parte, porque inmediatamente me preguntó que si algo estaba mal.

—Nada, es que aquí vivía mi vecino.

El señor apretó la sonrisa:

—Ah, entonces lo conocí.

Honestamente, no sé por qué entré al departamento. En el lugar en donde habían estado las mariposas, sólo quedaba un rastro ligerísimo de polvo. Le pregunté que qué había pasado con el inquilino anterior, y me dijo que había tenido un ataque de diabetes:

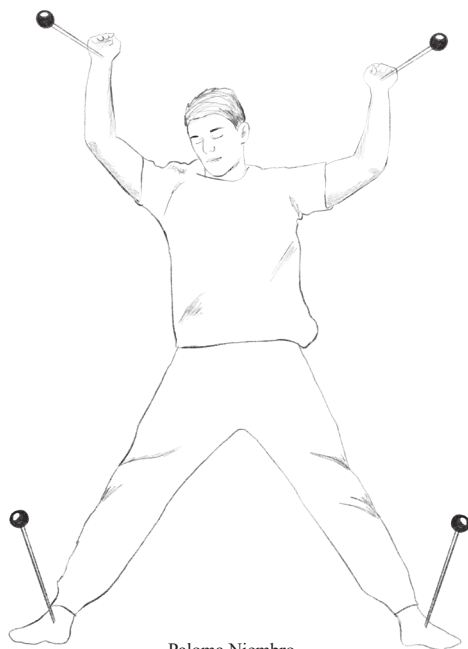
—Lo encontramos tirado en el piso, debajo de un montón de vidrios y papelitos de colores. Sus familiares vinieron por él esa misma tarde, pagaron lo

2 <https://www.ngenespanol.com/animales/la-historia-del-primer-insecto-extinguido-a-causa-de-la-actividad-humana/>

que faltaba y no me han devuelto la llamada.

Me imaginé a Rubén, completamente tieso, debajo de todas sus mariposas muertas. Tuve que ahogar una risita: tal vez habían sido ellas quienes lo habían clavado al piso en esta ocasión. Al entrar a mi departamento nuevamente, me encontré con la cajita perfectamente envuelta sobre la mesa del receptor.

La aventé por la ventana.



Paloma Niembro

El valiente

María Elena Sarmiento

La gigante no comprendía por qué los demás eran tan pequeños; la mayoría apenas le llegaban a la cintura. Se sentía un error de la naturaleza, una equivocación de dios. Por más que había buscado hacerse de algún amigo, algo pasaba que no se lo permitía.

Muchos se asustaban tan sólo de verla. Dejaban lo que estuvieran haciendo y se iban a otra parte. No querían arriesgarse a un manotazo proveniente de esa monstruo. Preferían imaginarse qué tan fuerte golpearía a sentir en verdad cómo retumbaba la tierra, o eso creían. Otros más valientes, o más flojos para caminar, se quedaban mirándola hasta que ella hablaba.

Por desgracia, el timbre de voz de la gigante era grave y muy fuerte. A pesar de que ella solamente estaba saludando, sus palabras sonaban como truenos. Entonces, aun el hombre al que se le había roto la muleta, encontró la forma de huir de su presencia.

Ella quería platicar con alguien, que la vieran, que la entendieran pero, poco a poco, se fue quedando callada en un rincón porque no encontraba la forma de hacerle entender a la gente que no los pensaba dañar.

Un día, un valiente se le acercó mirándola de frente. La gigante no lo podía creer. ¿A él no le inspiraba miedo? Entonces, el joven le sonrió y ella sintió que el sol la calentaba por primera vez. Alguien le mostraba un poco de humanidad.

Él gritó pues supuso que ella no oía bien y por eso hablaba tan fuerte.

—Me llamo Sebastián.

La muchacha estaba feliz de que alguien le hablara, sobre todo, un hombre con una sonrisa tan radiante.

—No hace falta gritar —le pidió ella en el tono más amable que pudo, pero se dio cuenta de que su aliento lo había hecho retroceder al menos diez o veinte centímetros.

—Lo mismo digo —exclamó él—, trata de hablar más bajito que le haces daño a mis oídos.

Eso es algo que no había pasado por la cabeza de la gigante. ¿Su voz era muy fuerte? ¿Lastimaba a los demás?

—¿Así? —susurró.

Él asintió al tiempo que hacía el signo de que está perfecto tocando el pulgar y el índice y dejando los otros tres dedos levantados. Sin más, se acercó y se sentó junto a ella.

Rozó su mano, apenas acariciándola mientras la veía a los ojos.

Ella no salía de su asombro. No recordaba que alguien la hubiera

tocado. La sensación era maravillosa. Un calor delicioso la recorría. La gigante se sonrojó.

—Eres muy bonita —mintió el hombre y ella, por primera vez, se lo creyó.

No se necesitó mucho más. El valiente se la llevó a su casa. Le dio un beso en los labios y la hizo sentir que al fin estaba completa. Siempre le había hecho falta una voz a la que poder obedecer para no ser la única en su mundo. Poco a poco, él fue convirtiéndose en su dueño. Traía a los vecinos a verla y ella susurraba para no asustar a nadie. Les cocinaba y les servía a cambio de sus gestos de aceptación. Una vez, un niño le aplaudió y la gigante bajó la cabeza agradecida.

El amo la rentaba para cargar muebles, para abrir puertas atascadas, para ayudar en lo que hiciera falta. Ella iba feliz de poder ayudar. Su hombre la premiaba con una sonrisa y, de vez en cuando, un beso. Ella se sentía feliz.

Algunos vecinos vivían con miedo. ¿Qué pasaría el día que la gigante se enoje? Estaban al pendiente de sus sonidos, pero ella había aprendido a susurrar la mayor parte del tiempo. De vez en cuando, se olvidaba de sus obligaciones y todos los habitantes del pueblo escuchaban la voz de la gigante cuando subía un poco el volumen. Casi siempre decía:

—Sí, mi amor.



Paloma Niembro

Una noche en El Torito

Cecilia Durán Mena

1.

La abuela insistía en seguir manejando. Por ningún motivo nos dejaba que le contratáramos un chofer, ¿para qué?, salgo tan poco, sería un desperdicio, decía y su argumento era tan contundente como la forma en la que lo pronunciaba. En realidad, salía muy poco y recorría distancias muy cortas. Un tanque de gasolina le alcanzaba a durar un mes. Sus excursiones eran ir al súper y volver una vez por semana e ir a jugar canasta uruguaya con sus amigas todos los viernes por la tarde. Fuera de eso, la vida de mi abuela transcurría en su casa, con la nariz metida entre las hojas de un libro. Era de las pocas personas que seguían hablando por teléfono fijo, veían las noticias y escuchaban la radio. Recibía muchas visitas, casi nunca comía sola. Siempre ha sido una persona muy social, también muy inteligente. Entonces, si yo me ofrecía a llevarla a algún lado, me miraba de soslayo, estiraba los labios para abajo y ponía los ojos en blanco. Si me quieres ayudar, hazme un favor... y me pedía una serie de mandados sin mucha importancia.

El hecho de que mi abuela no quisiera dejar el volante era un acto que la pintaba de cuerpo entero. La libertad era el valor central de su vida, jamás cejó en la lucha por la defensa de su soberanía. Ejercía su autonomía con elegancia, sin pretensiones y con garbo. Claro, ya no era prudente que siguiera manejando. También es cierto que hacía años que no tenía un percance de ninguna índole. Era muy cauta. Jamás se pasaba una luz ámbar, menos un alto. Nunca le hizo un rayón o una abolladura a su coche.

2.

El tráfico aquella semana de diciembre era desquiciante. Por alguna razón que no logro comprender, los embotellamientos eran mil veces más terribles que los de la cotidianidad en la Ciudad de México, ya de por sí enloquecedora. Las calles ralentizaban su ritmo, era imposible avanzar, los bocinazos y los gritos aumentaban en frecuencia y decibeles. Daba la impresión de que los habitantes de la capital nos convertíamos en avispas que decidieron salir del panal a hacer ruido. El tiempo en el coche se estiraba tanto que parecía que nadie lograría llegar a su destino, la puntualidad era un lujo porque salir con anticipación no era garantía para llegar a tiempo.

Llegué a casa tan harta de manejar y de sortear a tanto cafre que anda al volante que cuando papá me dijo lo que pasaba, no entendí sus palabras. Tu abuela está detenida, repitió. ¿Cómo? ¿Qué pasó? ¿Presa? Por supuesto, mi mente que está acostumbrada a volar muy rápido ya estaba imaginando accidentes automovilísticos: un atropellado, un choque, algo por el estilo. La detuvieron por manejar con aliento alcohólico. Le hicieron la prueba del

alcoholímetro y no la pasó. La hicieron soplar en el tubo ese y determinaron que traía mucho alcohol en la sangre. Se la llevaron a El Torito. En la voz de papá había algo de preocupación y también le estaba ganando la risa. ¿Ya le hablaste a Rodrigo? —Rodrigo es el abogado que se hace cargo de los asuntos de la empresa de papá—. Ya. No hay mucho qué hacer. Vamos, no hay nada qué hacer. Tu abuela va a pasar la noche ahí. No hay de otra. Además, ya conoces a mi mamá. No quiere hacer nada indebido ni pedir favores. Va a acatar las consecuencias. Si a mi edad no me sé hacer cargo de mis actos, estoy frita. Sólo te hablo para que sepas en dónde estoy y para que me hagas el favor de pasar por mí mañana. No tengo idea de qué pasó con mi coche. Ah, también quiero que lo recuperes, si me haces el favor. Y ni se te ocurra mencionarme lo del chofer en estos momentos si no quieres que sufra un disgusto peor que el que ya traigo a cuestras. Papá elevó los hombros y suspiró.

3.

El Centro de Sanciones Administrativas y de Integración Social, mejor conocido como “El Torito”, es un edificio viejo de ladrillos rojos que por fuera parece una escuela oficial y no un lugar de penitencia. Está ahí, en un barrio popular desde 1958, en el lugar donde antes estaba el rastro. La gente llega ahí por manejar con varios tequilas encima —tequilas, mezcales, rones o lo que se les hubiera antojado—. El castigo por manejar con alcoholemia es ineludible e inmutable: vas a dar a las celdas por un periodo de veinte a treinta horas. En diciembre, los calabozos de El Torito están a reventar.

¿Dónde ponemos a la señora, mi jefe? Mándala a la biblioteca para que esté más cómoda. Ni modo que la pongamos detrás de las rejas. Qué curiosa, se ve entera a pesar del nivel de alcohol que le reportaron. Sí, está tranquila. Oiga, mi jefe, pero ahí está... Pues, ya sabe quién está. Ah, es cierto. Ni modo. ¿Crees que le haga daño a la señora? ¿Daño? No, daño no. Está tan pedo que se quedó dormido sobre la mesa. No. Pero, acuérdesse. Hicimos una promesa. Le dijimos que iba a estar solo. Eso sí, pero no hay de otra. Estamos a reventar. Yo creo que la viejita ni sabe de quién se trata. No se va a dar cuenta.

4.

No debí haber aceptado, pero acepté. La verdad es que siempre acepto. Al final de cada partida de canasta, haya ganado o haya perdido, dejo que me sirvan una copita de orujo —una y ya— que me tomo a traguitos mientras me fumo uno o dos cigarros —tal vez tres— y me quedo a platicar. Estoy tan acostumbrada que nunca le vi nada de malo. Es una práctica semanal que parece un ritual: apachurro la última colilla en el cenicero, apuro el último resto en la copa, agradezco a mis anfitriones y regreso a la casa en mi coche. Siempre he estado en control cuando voy al volante, soy precavida, manejo a la defensiva y hace años que no tengo un accidente. Siempre que mis hijos me quieren hacer enojar, empiezan con el tema del chofer. Ya no quieren que siga manejando. ¿Por? Si yo manejo súper bien. Soy de las mejores clientas de las

compañías aseguradoras, no hay incidentes que reportar, mi póliza va en blanco sin reclamos. Siniestralidad cero.

No puedo decir que no sabía, porque sí sabía que en diciembre el alcoholímetro se activa más temprano. Cuando me pararon para hacerme la prueba, no opuse resistencia. Yo no tengo idea de los grados de alcohol que tiene un orujo. Me lo imaginé al ver la expresión de los que me pidieron parar. La cara de los policías me anticipó que me debía preparar para un acontecimiento inesperado. Se miraron entre ellos, con el rostro descompuesto por la perplejidad. Yo me quedé de una pieza cuando me informaron que los tenía que acompañar a El Torito.

5.

Nunca vi a alguien con tanto pesar en toda mi vida. Siempre he creído que cualquier situación y cualquier persona puede ser descrita con cuatro adjetivos que sean bien elegidos. Ya sé que puede parecer muy flemático, aunque en realidad para mí es todo lo contrario. Era fuerte, alto, callado y triste, sobre todo eso, triste. No se enteró del momento en que entré a la biblioteca acompañada por dos policías. Estaba sentado frente a una mesa de tablas, con los brazos recargados sobre la cubierta, los codos doblados, la postura jorobada y la cara oculta entre las manos. Del dedo índice de la mano izquierda colgaba algo que no distinguí a simple vista.

La situación merecía sus cuatro adjetivos: era ridícula —una mujer a mi edad que entra a cualquier lado escoltada por dos policías—, vergonzosa —con mis años, ir a dar a la cárcel por manejar con aliento alcohólico—, de risa loca —porque nadie podría negar que es chistoso ver a una abuelita en El Torito— y rara. Todo era tan extraño: los libros en los estantes, las mesas con juegos, mi compañero.

Como sólo había dos sillas disponibles me senté a su lado. Hola, le dije y contestó con un gruñido mientras hundía más el rostro entre sus manos. El colgajo que traía en las manos cayó al suelo, entre mis pies. Me agaché a recogerlo. Era una especie de antifaz de tela vulcanizada rodeado de una tela elástica y en la parte de atrás había una agujeta. Era de un material espumoso, suave y ligero. Caí en la cuenta: era la máscara de un luchador.

—Señora, le suplico que no me vea, por favor.

6.

No te voy a ver, hijo. Te lo prometo. Cerré los ojos. Estiré el brazo y le alargué la máscara. ¿Qué haces aquí? Psss... lo mismo que usted, me agarró el alcoholímetro. No te apures, hijo. Sólo vamos a estar aquí unas cuantas horas. Ni te agobies. ¿Cómo le hago pa'no agobiarme? Me retiraron la máscara para hacer una identificación. Me retiraron la máscara. En su voz tan rota se adivinaban las lágrimas. ¿Cómo dices?, intenté entender. La voz ronca salió entre suspiros.

7.

No quería levantar la cara. Tampoco quería que se diera cuenta de que estaba llorando, ¿qué pensaría? Semejante monote y tan chillón. Pues, sí ¿y qué? La neta siempre he sido un lloriqueo, pero me aguanto y me hago el todopoderoso. Por algo soy el Pandragon, rey del ring y los cuadriláteros. La señora se levantó de su silla y colocó el respaldo contra el respaldo de mi silla. Estábamos espalda contra espalda. La adoré.

Ya ves, hijo, no te veo. Pero, si no quieres que te vea, ponte la máscara, ¿no? Le quiero explicar. Esta máscara es como un arte, una pintura. No sé si me doy a explicar. Nosotros hemos ido creando todo esto, ¿sabe?, le hemos dado el valor que tenemos nosotros. Es lo que somos. Somos luchadores. No se vaya a creer que escondemos la cara por vergüenza. No es eso. Es lo contrario. Es orgullo, ¿me doy a explicar? La máscara se defiende en el cuadrilátero. Verdad de Dios, seño. Ni El Santo ni Blue Demon ni Canek ni ninguna leyenda se hubiera quitado la máscara por un millón de pesos, jamás lo van a hacer. Yo tampoco, ¿sabe? A mí me obligaron. Me hicieron que me la quitara. No se apuesta la máscara, se salvaguarda. No se vende por quintos, se lucha con ella. Fueron los tragos, ¿me doy a explicar?

Estaba en perfecto estado, verdad de Dios, seño. Se lo juro por estas, puso el pulgar y el índice en forma de cruz y besó los dedos en el centro. Yo creí que de seguro no pasaría a mayores, acepté la prueba. Desafortunadamente, el aparato marcó cuarenta y cinco grados de alcohol. Por ese motivo me remitieron al Torito y arrastraron mi coche al corralón. Puff, ni te apures. Creo que a mí también me marcaron cuarenta y cinco grados. Achís, achís mi seño, ¿en serio? Verdad de Dios, como tú dices.

Explicó que su identidad fue revelada al momento de decir su profesión y ahí fue reconocido, por lo cual lamentó el manejo que se dio de la información. Lo malo fue que tuve que decir que era luchador cuando me pidieron mis datos. Pienso que por este motivo va a correr el chisme, y de esta manera pueden difundir una nota amarillista. Voy a ser la burla. No quiero manchar casi treinta años de trayectoria profesional por un error que fue humano. Abajo del cuadrilátero soy normal como cualquier otra persona. Ni modo, seño. Así es la vida. Me van a conseguir un amparo, si quiere le digo a mi abogado que la ayude y así nos largamos antes. No, no. Eso no está bien. Te echaste tus tragos y yo me eché los míos. Ni mataste ni robaste ni nada. Encima, si nos vamos antes, tendríamos que volver. Y además ¿no me estabas hablando de honor, de orgullo? Pues, con honor jovencito, aguántese y hágase cargo de sus errores. De hacerme cargo, me hago. Pero no quiero que sepan quién soy.

8.

¿Cómo ves a mi mamá? Quiere que vaya a los puestos que están frente a la Arena México y que compre unas cuatro máscaras de un luchador que se llama Pandragon. ¿Cómo ves a mi abuela? Quiere que invite a cuatro amigos míos

que estén fuertes y altos para que la vayamos a recoger al Torito. ¡Ay, mi abuela! ¡Ay, mi mamá! ¿Ya conseguiste las máscaras? Ya. ¿Y tú a los cuatro amigos? Ya tengo siete en la lista y se siguen sumando. A todos les encanta la idea de ir a recoger a la abuela disfrazados de luchadores.

9.

Ya todo está arreglado, ni te apures, hijo. Los policías del turno están de acuerdo en permitir a mis familiares que entren hasta acá para ayudarme a salir. Tú te nos pegas. El plan es perfecto.

10.

Pandragon leyó en los periódicos del día siguiente una nota en las páginas interiores que le arrancó una sonrisa. La familia Hernández Macías quiso ocultar el hecho de que su abuela, la señora María Redención Viuda de Hernández Macías fue detenida y llevada a El Torito por alcoholemia. Corrieron el rumor de que el luchador Pandragon, el Rey del ring y los cuadriláteros, estaba detenido también. Lo hicieron para desviar la atención. La familia acudió a recogerla y todos iban disfrazados con la máscara del luchador. Eran más de veinte personas luciendo como el gladiador de las luchas. Hasta la señora salió del Centro de Sanciones Administrativas y de Integración Social, mejor conocido como El Torito, con la cara enmascarada.

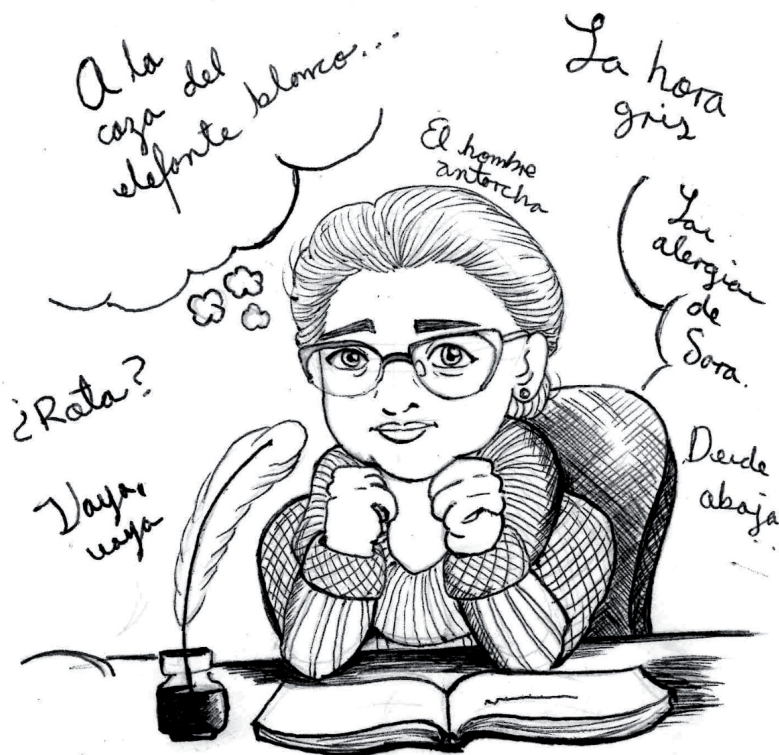
La señora se fue manejando con su chofer sentado del lado del copiloto que usaba la mejor imitación de la máscara de Pandragon.



Paúl Núñez

Virginia Meade

In memoriam



Paúl Núñez

Siempre contigo

J. L. Eduardo Caballero D.

Hay escritos que tienen un principio y un fin; con personajes, ambientes, tramas, mensajes, clímax, desenlaces... finales.

Coincidir en este plano, no fue obra de la casualidad, porque cada letra, cada palabra, cada historia, cada cuento, cada escrito tuyo... seguros estamos, que por la fuerza, pasión y amor con que los plasmaste, permanecerán entre nosotros a través del tiempo, impresos en nuestra alma y nuestro corazón.

Arriba, en el cielo, necesitaban quien les escribiera como lo haces tú.

Virginia Meade, cada que leamos tus palabras, te sentiremos presente con nosotros, con cariño estaremos... ¡siempre contigo!

Revista *Por escrito* te invita a su
curso de:

APRECIACIÓN LITERARIA



Para más información
escribe a:

CONTACTO@POESCRITO.COM



Los hijos del bosque 6, Gibrany Jazzmeleth Becerril Sáenz



Recolectando muerte, Gibrany Jazzmeleth Becerril Sáenz



Aves I, Laura O'Dogherty



Sin título 1, de la serie *Los Reyes*, Santiago López Peralta



Sin título 2, de la serie Los Reyes, Santiago López Peralta



Sin título 3, de la serie Los Reyes, Santiago López Peralta

¡Revista *Por Escrito* te
invita a su nuevo taller!



TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Para más información escríbenos:



CONTACTO@PORESCRITO.COM

Adagio

Arturo Villafranca

En tan pequeño planeta, mismo que puede recorrerse por completo —a pie— durante un cuarto de hora, vive el leñador. La esfera solía poseer el único grupo de *Cupressus* en el sistema —conjunto de árboles que le concedía ese aspecto verdoso y húmedo que la caracterizaba—; ahora, erguido a lo alto de la colina: reza el último ciprés.

El leñador, desde tiempo atrás, se ha empeñado en construirse una cabaña cada vez más grande; a mayor dimensión adquiere ésta, mayor es la fatiga que enfrenta el único habitante de T-Luriah.

Marcando las 13:00, la sombra del ciprés escurre hasta la base de aquel terroso pedestal. Con un ligero vaivén —a causa del viento que promete arreciar—, fiel al hombre, dicho árbol continúa ofreciéndole aquella única posibilidad de medir el tiempo en tan particular y solitaria realidad.

Alas 14:30, el cuasi asfixiado sujeto consigue ponerse de pie una vez más —si es por desconocimiento, estupidez o necesidad, no es posible determinarlo—; tras coger el hacha, retoma con dificultad el rumbo previamente marcado. Encarna la extenuación; sin embargo, sortea tempestuosas ráfagas; a duras penas llega hasta la cima y entonces, con soberbia, encara al ciprés. Está ansioso por volver con la viga faltante. Al son de los lánguidos cortes, ya se marca el aletargado compás del naciente réquiem, el cual, a las 15:00, sin intención de sosegar el alma de quien fue leñador, consigue incorporar, del universo circundante, el etéreo canto del Creador: «Por su mano se condena y expira el hombre».



Guirza Shueke

Café solo

Juan González Repiso

La mujer se detuvo poco antes de llegar a la puerta. Fue como si la hubiese inmovilizado una sensación repentina de recelo o de alarma. Apenas la separaban unos pasos del café, abierto aún a aquellas horas. Titubeó todavía un momento antes de acercarse a la puerta. Pero él, lógicamente, no estaba allí; su mesa, la de costumbre, sí; y las fotos de la Alameda por las paredes; y fotogramas de películas que ya duermen en el Olimpo del celuloide. El camarero, deseoso de acabar la tarea, se dedicaba a recoger las mesas sin saber que por allí, un día, voló el amor.

Aquella mujer, que aún a su edad mantiene la insultante voluptuosidad de una reina oriental, frecuentó el local junto a una especie de dandi prestidigitador que le prometió el oro y el moro, ajeno a las tertulias que le rodeaban, con la convicción del condenado a no saber distinguir los límites entre la verdad y la falacia. A él, su altanería, vestido de Armani, con generosa nómina y afinado en la sensación de pertenecer a una selecta élite, lo había llevado en volandas por las calles del casco antiguo de la ciudad.

A ella, las luces amarillentas y las siluetas anónimas de la noche la remontaron a aquellos años en los que creyó ser muy feliz. Ahora, con su mascarilla, por aquello de la pandemia, vagaba confusa por las callejuelas hasta que se topó con el local. Y entonces recordó uno de sus últimos encuentros:

—¡Cuánto te he echado de menos! —le decía aquel caballero sin armadura ni hidalguía constatable.

—Yo a ti más —respondió ella—. Me iría contigo a donde tú me digas. Pero eso ya lo sabes.

—Pronto, muy pronto.

—¿Cuándo es pronto?

—Pareces una niña pequeña —y reía ladino.

—¿No entiendes la pregunta?

—Ya lo hemos hablado, amor mío.

—Hemos hablado de tantas cosas...

—¿Entonces?

—Pregunto que cuándo será. Siempre lo mismo, evasivas.

—No mando yo en mi trabajo. Sólo sé que será pronto. No te puedes imaginar las ganas que tengo.

Y ella, una vez más, se creía el embuste, porque sonaba mejor que las tormentas de su casa. Su matrimonio había hecho aguas hacía tiempo, por eso se dejó llevar por los piropos y las alharacas del aquel moderno apoderado de banca con ínfulas de potentado.

Solían quedar para el café, sobre la hora torera de las cinco de la tarde,

aprovechando que el marido estaba cautivo en su negocio. El día para María, para su gloria y malaventura, se dividía en dos partes, como el día y la noche, como el mar y la tierra: una, la que marcaba el minuterero entre las cinco y las siete y media, y la otra, el resto, que era como el purgatorio.

—¿De dónde vienes a estas horas? —le dijo el marido un día.

—De casa de mi hermana, ¿por qué?

—No me gusta que salgas sola, y menos a estas horas, ya lo sabes.

—¿Estoy presa acaso? No digas tonterías.

—Yo no digo... ¡Mucho cuidadito!

—¿Eso es una amenaza?

La primera vez que se pasó de la raya se lo dejó pasar, porque fue como el perro que babea y gruñe sin llegar a atacar. La segunda no, que tardó lo que el coito de un conejo en plantarse en la comisaría y desde entonces el autónomo violento no volvió a cruzar los límites de la ruindad. A partir de ahí, su marido ya no existía, era un mal menor que el tiempo acabó poniendo en su lugar, sin que ella tuviera implicación alguna.

Detrás de aquellos muros de piedra vieja del bar vivieron los amantes su particular odisea, ajenos a las chácharas del resto de la clientela.

Nada le parecía a aquella hembra amante más sublime y entrañable que el tacto de las manos de aquel trilero con estilo; tal vez sus besos, o los abrazos en la pensión, o la refriega sudorosa bajo las sábanas, entre prisas y latigazos brillantes del destino.

Aquella noche sin luna, perdida en el laberinto de esos recuerdos que atacan por cualquier flanco y contra los que apenas cabe defenderse ingenuamente con el falsario olvido, decidió acercarse al café, superando el miedo. Ya habían pasado casi dos años desde que su espejismo de juglar se fue, por decirlo así.

En cuanto se asomó por la cristalera, observó la atmósfera mortecina y las sillas vacías, y oyó la música que tantas veces los acompañó entre risas y guiños galantes, sintió tanta nostalgia como culpabilidad. El chaval del café la vio asomada.

—Buenas noches, ¿desea tomar algo? Estoy cerrando, pero por un rato más no pasa nada.

—No, no te preocupes, sólo miraba. Estoy buscando a alguien.

—¿Cómo se llama? Lo mismo ha estado aquí antes.

—No, imposible.

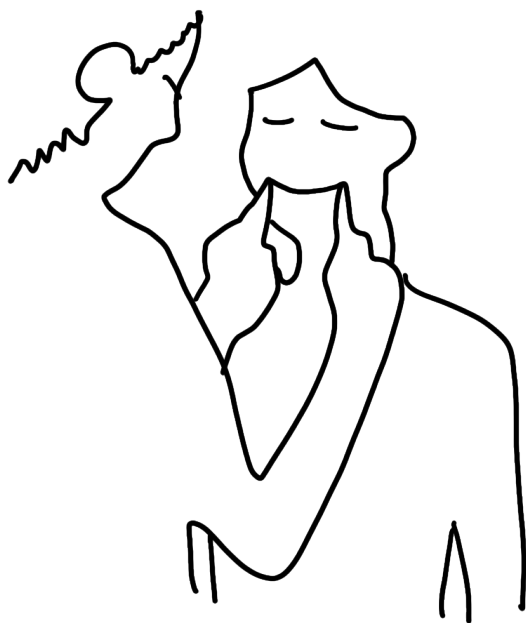
—Bueno, como quiera —sorprendido por la incongruencia.

—Gracias, de todas maneras.

Las cosas, es bien sabido, nunca son como quisiéramos, siempre hay alguna mano misteriosa que confabula para que todo se tuerza y acabe en hecatombe. Dicen que Eros, el culpable de esta tragedia del siglo XXI, era hijo de la Abundancia y la Pobreza. En María ganó el ascendiente de una abundancia

desmedida en deseos desbocados. Por eso pasó lo que pasó. Se perdió en un laberinto construido con destellos propios del paraíso y que, a la postre, no eran más que fantasías urdidas por la monotonía.

Tal vez, aquel hombre de cuidada y recortada barba y aficionado a los buenos perfumes y los trajes de marca, de educados ademanes y de escaso abolengo, no mereció aquel final, pero ella, que tan solo se dejó llevar por una pasión perversa y canalla, tampoco. A él se le fue la vida poco a poco, de la mano de un veneno sutil disuelto en su capuchino, con la misma lentitud que a ella se le va ahora la suya entre imágenes borrosas, olores tostados y sabores salobres, como los de la bahía.



Valeria Bandala Díaz

El esposo de trapo

L. Valencia

Me pegaba. Me pegaba poco, lo admito. Él mismo lo dijo: “no es seguido”; pero, precisamente porque no era seguido, me ponía los pelos de punta. Empezaba a alzar la voz y entonces se me encrispaba el cuerpo; bajaba la cabeza para proteger la jeta, que trabajo frente a la gente y no puedo permitirme un moretón en el cachete.

Años después, me di cuenta de que a los niños también les pasaba algo. Nunca les pegó, nunca, pero no me explico. Él alzaba la voz y ellos se quedaban con los ojos en blanco, bien callados, calladitos, y como idos. Esperando, escuchando. Muchas veces cuando empezaba la acción intervenían dando alaridos. “Déjala, no le pegueees”.

Me sentía inútil, la verdad. No hallaba respuestas. Habíamos comprado una casa bien linda, con un mirador, y me quedaba muy cerca de la escuela donde trabajaba. Además, ahí crecía un árbol de granada peculiar, peculiar me parecía a mí y a nadie más, y daba unas granaditas perfumadas. Nooo, yo no podía irme de ese lugar. ¿Dónde habría un mirador, dónde estaría el árbol de granada? Y déjenme hablar de la iluminación: era excelente. Daba bien en las horas del día más frías y permitía refrescarla en las horas más cálidas.

Entonces, no. Salirme de ahí era imposible. Imposible, ¿o improbable? Estaba bien, pues. Aun así, pensaba: ¿él seguirá siendo igual? ¿Cuando tenga 70 años seguirá igual, igual? Me daba miedo pensar en eso: entonces, iba y me encerraba en la habitación que solía ser matrimonial y que ahora me había dejado. Me gustaba pensar que era una especie de disculpa.

Y ahí fue cuando la vi: una señorita dijo en la tele que ya era la primavera, la primavera



Guirza Shueke

cósmica, y que el invierno había pasado. Que los seres del invierno (violentos, oscuros e ignorantes) se irían a otro planeta y aquí nos quedaríamos los buenos. Sí, los buenos. Yo soy buena, ¿no? Y que para que nadie llorara, pondrían muñecos que reemplazarían a la gente del invierno. La separación del trigo y la cizaña había llegado, y yo dije “¡hurra!” en mi corazón. Se llevarían a mi esposo invernal y traerían un muñeco bueno.

El día llegó. El cielo tronó, el viento se agitó y se escuchó su susurro por las calles, casi al ras del suelo. No fue tan espectacular, tampoco crean, pero sabía que había llegado el día. Entonces, lo noté. No puedo decir que se viera diferente, pero lo sentía distinto. Creo que hasta me sonrió, ¿sería posible? Quizá solo era una mueca, pero, ¡válgame!: era divina.

A partir de ese día, por las noches y cuando no había nadie, bailábamos. Bailábamos alguna música dulce, y yo era feliz con mi muñeco de trapo. Claro, nadie podía darse cuenta porque entonces todo el asunto carecería de sentido, así que me mordí la lengua. Frente a todos tenía que comportarse como antes, pues en sus defectos radicaba buena parte de su personalidad. De lo contrario, los niños lo extrañarían.

Es muy curioso, realmente se parece al original, pero este es amable una vez que todos se acuestan y me quedo lavando los trastes. Hace tiempo... un día... ¡qué va!, recién ayer, me abrazó por la espalda y me dio un romántico beso. Es realmente dulce.

Pero mi felicidad no es completa. Cuando vuelven los niños de visita, finge su amargura, grita y aparenta enojarse. Se acerca a mí, y sé que los niños creen que en cualquier momento saltará y me aventará otra bofetada mal dada. Se les quedan, de nuevo, los ojos en blanco. Siento mucho no poder contarles mi secreto.

Herencia

Juan Antonio González Díaz

Estaba fumando fuera del hotel. Una prostituta se me acercó. La vi de arriba a abajo. Volteé hacia ambos lados de la calle. Tiré el cigarro y la invité a subir.

Recordé a mi padre. Cuando un grito salido de la nada nos destrozaba los nervios corríamos para evitar que se mordiera la lengua o descalabrara debido a las convulsiones que sufría.

En realidad, mi madre lo atendía, yo era un mero espectador. A veces se cagaba y orinaba en toda la ropa. Una mezcla de vómito y esputo le inundaban la boca. Los sonidos extraños que emitía y sus globos oculares completamente en blanco le otorgaban una imagen espectral.

Mi padre solía emborracharse, no trabajar y andar de mujeriego. Una vez el alcohol le dio valor para enfrentar a un judicial vecino nuestro. Éste no lo pensó y le sacó la pistola. Estaba a punto de balearlo cuando mi madre se puso como escudo entre ambos.

En esa ocasión yo tenía un pequeño cuchillo de cocina en la mano. Esperaba —muy asustado— escuchar el primer disparo para salir y clavárselo a la primera persona que se me atravesara. Sentí que ese espectáculo era un sueño, un sueño del que me estaba tardando en despertar.

Así era mi padre. Un sujeto egoísta que nunca consideraba cómo sus actos nos afectarían.

Nos dirigimos a la habitación. La mujer me preguntó si estaba de vacaciones. No le respondí. La tomé de la cintura mientras le acariciaba las nalgas. Entramos al cuarto y comenzamos a tener relaciones. Me dijo que su servicio era únicamente con condón. Un poco irritado le contesté que le pusiera precio a su vagina. Bastaron \$500 pesos extras para que se le quitara el miedo de adquirir una enfermedad de transmisión sexual o de que la embarazara.

Nunca le hallé sentido a la unión de mis padres. Siempre estaban peleando. Ella reclamándole ser un vago, un mal ejemplo para mí, un pito loco y cantidad de discursos que ya me sabía de memoria. Aunque cada que él se iba de casa mi madre corría a buscarlo. Llorando le pedía perdón, se contentaban pero poco les duraba el gusto.

Estaban tan inmersos en su dinámica destructiva que no tengo recuerdos de cosas elementales: aprendí a bañarme y a limpiarme el culo como Dios me dio a entender. Nadie me ayudaba con mis tareas. Nadie iba por mí a la escuela.

Un día llegué con la cabeza abierta porque —cuando no entendíamos algo— un maestro tuvo la revolucionaria idea pedagógica de sembrarnos coscorrónes con un anillo. Imaginé a mi madre gritándole al director ante semejante acto y a mi padre golpeando al profesor. Me equivoqué. Apenas le dieron importancia al asunto. Ellos eran felices peleando entre sí.

Por fin mi padre consiguió un empleo. A mi madre no le agradó la idea.

Ya no podía reclamarle que ella era la única en solventar económicamente la relación. Él gozaba de mayor libertad y seguridad que ocupaba en estar con otras mujeres. Con ese resentimiento en la mano —no creo que en el corazón— mi madre hizo un escándalo donde laboraba el viejo. Era una empresa que enaltecía los valores familiares por lo que no tardaron en echarlo.

Perdí la noción de cuántas veces eyaculé dentro de la prostituta. Ella no quería seguir. Ni ofreciéndole más dinero se quedó. Le dejé bastante rosada su parte. No me di cuenta lo fuerte que la sujetaba, tenía rojos sus senos, brazos y cuello. Se marchó con terror en la expresión.

Cada año mi padre era más agresivo y neurótico. Lo metí varias veces a la cárcel porque, ebrio, nos golpeaba. Llegó un punto cuando dejé de verlo a través del odio. Parecía un animal incapaz de sostenerse. En él todo era frustración y vacío, encapsulado en un patético orgullo.

Nunca quiso atenderse la epilepsia que tantos problemas le daba. Agarraba trabajos esporádicos que no fueron suficientes para solventar necesidades básicas. Él lo sabía, por ese motivo se lo gastaba en bebidas.

Un día fui de visita a casa de un amigo. No sé qué me pasó. Comencé a llorar y a contar las calamidades que ocurrían en mi casa. El padre de mi cuate era médico y habló conmigo. Conversamos hasta que nuestras ideas se alinearon. No me horroricé por la propuesta que realizó. Acepté su consejo. Me facilitó lo necesario y me deseó suerte.

Esperé a que el viejo se convulsionara y mi madre no estuviera presente. Mientras se recuperaba le administré 40 g de Nembutal. Aún recuerdo ese día. La cara de mi padre era neutra, sin preocupaciones. Era un rostro que olvidó sus demonios, sus frustraciones, los gritos de mi madre y tantas cosas. Todos pensaron que la fuerza del ataque más una mala caída fueron la causa de su muerte.

Nunca tuve reparos de conciencia. No era que mi padre quisiera ser feliz con otra familia o funcionar en otras circunstancias. Sencillamente no tenía más que dar.

Comencé a masturbarme de forma violenta. Mi pene se desbordó otra vez. Un calambre que se originó en mis testículos causó que me retorciera un par de veces y soltara un pequeño gruñido. Imaginé que esa sensación, pero multiplicada al millón, era lo que mi padre experimentaba cada que convulsionaba. Mi semen vertido en las sábanas equivalía a los orines que el viejo expulsaba durante sus ataques.

Investigué qué medicamento le administré a mi padre. La sustancia activa era pentobarbital sódico, un barbitúrico usado para el suicidio asistido en países europeos. En México no existe legislación sobre la eutanasia. No me entraba en la cabeza carecer del derecho a elegir cuándo, cómo y en qué circunstancias morir.

—País de mierda —grité, mientras los ocupantes de los cuartos cercanos al mío me insultaban para que me callara.

A la mitad de mis estudios universitarios experimenté un miedo

inexplicable a salir y relacionarme. El temor fue tan poderoso que abandoné la escuela.

No encontraba salida a esa vorágine de inseguridad por lo que volví a casa. Mi madre estaba hecha una fiera. Me gritaba que no se pueden dejar las cosas así como así. Que yo no apreciaba el esfuerzo que ella hacía para pagarme los estudios.

No había forma de contradecirla. Razón no le faltaba. Pero a mí ese miedo me rebasaba.

Me volví una persona sin ocupaciones. No pasó mucho tiempo para que mi madre me escondiera de las visitas, de que inventara miles de historias para justificar ante la familia mi situación y a tratarme sin el menor respeto. Me convertí en mi padre.

El doctor —al ver mis síntomas— me envió con un psiquiatra, el cual diagnosticó una depresión grave. Me recetó unos medicamentos muy fuertes, los cuales no soporté. Dejé de tomarlos y abandoné la casa. Conseguí un trabajo modesto.

Mi madre me boletinó como persona desaparecida. Con una patrulla se presentó en mi trabajo, antes de explicar cualquier cosa me subieron al vehículo como a un delincuente. Entendí la impotencia que años atrás mi padre tuvo que experimentar cuando lo corrieron de su chamba por causa de mi madre.

No podía creer lo que me esperaba en casa. Mi madre ya vivía con el judicial que en el pasado trató de matar al viejo. Fue él quien la ayudó a realizar las gestiones para localizarme. El tipo era conocido por corrupto. Alcahueteaba a bandas que robaban automóviles. En el estacionamiento donde vivíamos siempre tenía dos o tres carros sin placas y cubiertos con lonas.

Una tarde aguardé a que llegara el judicial. Se descuidó y le apliqué “la china”. Puso resistencia, pero no contaba con que yo le sacaba veinte kilos y era un poco más alto. Pasaron unos minutos para que sus piernas comenzaran a fallar. Una vez en el suelo hice más presión sobre su cuello hasta que dejó de moverse. Intuí que lo hacía a propósito para que lo soltara. Continué apretando hasta estar seguro de que había muerto.

Tuve que golpear a mi madre para que se callara pues sus gritos opacaban mi momentáneo sentido de satisfacción. Desarmé al judicial, me llevé dinero y municiones que éste guardaba en la casa. Puse una almohada sobre el cuerpo del tipo, mojé una toalla y la enredé en la pistola. Junté el cañón de ésta contra el cojín —para evitar lo más posible el sonido de las balas— y se la vacié. Mi madre se desmayó al ver la escena.

Era cuestión de tiempo para que me ubicaran. Lo único que se me ocurrió fue venir a este hotel donde no piden identificación. Cargué la pistola para crearme una sensación de seguridad. Pasó por mi mente terminar con todo dándome un balazo. Nunca me ha gustado ese método, es demasiado desesperado y no tiene asegurada la efectividad.

Recordé aquella tarde cuando le quité la vida a mi padre, no lo pensé dos veces y conseguí un frasco de pentobarbital sódico. No fue difícil hacerlo,

se puede adquirir en cualquier veterinaria, ese medicamento lo utilizan para sacrificar a los animales, por supuesto que es controlado al ser un barbitúrico, un obstáculo poco complicado de sortear con la pistola que llevaba encima. Una vez en el hotel lo abrí y me serví 40 g. Me iría sin dramas, sin dolor, con la certeza de que jamás despertaría. Dejé el vaso. No ingerí el líquido —de momento—, no era tan tarde como supuse. Pensé un momento. Mi pene estaba duro nuevamente y empecé a vestirme. Bajé a la calle. Vi de un lado a otro de la avenida.

—Todavía queda tiempo para la última—me dije mientras otra mujer con paso coqueto se me acercaba.



Valeria Bandala Díaz

Muy Señora mía

Francisco Duarte

Muy Señora mía:

Déjeme suponer, para no golpetear mi ego, que mi repentina ausencia de estas charlas electrónicas le ha causado alguna extrañeza. Tendrá Usted toda la razón si es que esto ha pasado y, en verdad, ya no puedo cargar la causa en solitario y quiero que la conozca. Si me permite...

Solo hay otra persona cuya amistad arrastro desde los tiempos en que nos conocimos tal vez un par de años más y, eso sí, una mayor profundidad en nuestras exploraciones personales. Ella, hace cosa de 40 años, más o menos, me llamó para platicarme que al fin había podido realizar un viaje que se le había complicado por diversas causas durante algunos años. Que le había ido mejor de lo esperado y me tenía un par de souvenirs que tenía que pasar a recoger.

El paquete era una botella de Tío Pepe (actual tope de la puerta de mi estudio), y una pluma Jotter roja que — con todo y mi nombre grabado— sigue sobre mi escritorio. Platicamos un buen rato y, a la hora de despedirnos, nos salió el abrazo automático y el beso que siempre había llevado se quedó en un “apretón” de labios. Reímos nerviosos y mientras me separaba me tomó la mano derecha, la puso sobre su lado izquierdo y me dijo muy quedo: “no se me vaya con las manos vacías”. Agradecí con un apretón cariñoso.

A ambos nos gustó y pasó a ser nuestro ritual de despedida, lo hemos hecho unas cuatro veces más en esos cuarenta y tantos años, la última hace como nueve de ellos: bajo promedio, que ni qué. De aquí nace el error que me trae mal.

Mi confianza actual llegó a tal grado que confundí las fuentes de cariño y quise forzar ante Usted, Señora mía, un ritual de este mismo estilo. Para terminarla de componer supe de su boca que lo vería como una infidelidad, tema que, de suyo, le trae los malos



Paloma Niembro

recuerdos nacidos en conflictos anteriores que —siendo ciertos— es de muy poca consideración volver a poner dentro de cualquier conversación. Es hasta ahora, anoche para ser precisos, que tuve la forma de juntar estas letras y lo demás querido para hacérselas llegar.

Si alguna vez volviera a distinguirme con su atención a mi sarta de bobadas en alguna invitación que me haga el honor de aceptar, le pido me vuelva a ver con el cariño que nos ha enredado por estos años y que cuente con la certeza de que la breve terapia a la cual me sometió su plática en nuestro encuentro más reciente ha sido ciento por ciento efectiva.

El cariño se mantiene en su cauce habitual en una nueva ruta de florecimiento como el año que se aproxima y que ya nos tiene oliendo a ponche y piñatas.

Gracias mil,
Su Fulanito

Nocturnal

Miguel Ángel Luna Vargas

Me despertó un sonido grave y profundo, como el de un gran motor. La mitad de mi cara estaba adherida a la superficie fría de una ventanilla. Sentí una vibración recorrer mi mejilla derecha. Entreabrí los ojos con dificultad; hice el esfuerzo por incorporarme del letargo pero el sueño me impedía moverme: una vez más se me había subido el muerto.

Había voces conversando junto a mí, estaba en un lugar estrecho, como en una cabina cilíndrica repleta de asientos. Sentí la inercia de mi cuerpo subir, y bajar, como meciéndome suavemente. Me aferré a despertar, obligando a mis sentidos a recuperar el control de mis extremidades, de mi conciencia. Pude abrir mi ojo izquierdo por completo, el ojo bueno, y distinguí una superficie metálica resplandeciente detrás del

vidrio, una hélice girando, unas nubes espesas, aborregadas; no recordaba haber abordado ningún vuelo, de nuevo estaba viajando en sueños.

Soy un viajero empedernido, un explorador, un turista del subconsciente, y parece que a mi instinto nómada no le limita de ninguna manera la falta de marmaja, ni el hecho de que mi pasaporte haya caducado hace más de una década. Casi cada noche sobre mi cama, mi medio de transporte, después de dejar el libro en turno sobre el chifonier y dejarme hundir en ese éter viscoso del cansancio, los viajes cobran vida, los destinos turísticos se materializan en detalles sorprendentes. La mente humana es un simulador de realidad extraordinario, no sé si sea a raíz de mi eterno afán por observar cada detalle de las cosas, que mi cerebro recree en alta fidelidad cada rincón, cada fachada, cada edificio, todo tipo de paisajes alucinantes que poco le piden a los reales.

Existe un detalle en mis viajes nocturnos que me intriga últimamente, me sorprende aun más que mi capacidad por recorrer geografías con calidad hiperrealista: he descubierto que estoy también viajando en el tiempo.

El olor del humo de un cigarrillo me arrancó por completo de la



Guirza Shueke

parálisis del sueño, vi la terlenca a cuadros del pantalón acampanado de un hombre sentado junto a mí, como los que usaba mi madre en los años setenta. Aterrado me di cuenta de que mi compañero de fila estaba fumando en medio de un vuelo, y como si nada pasara dejó caer la ceniza en un cenicero metálico empotrado en el descansabrazos. Los asientos estaban tapizados con una pliana naranja brillante, gruesa, sentí el tejido sintético pegarse a mi trasero. Me sorprendieron frente a mí las siluetas encrespadas de una fila de melenas con permanentes encopetados, de hombres y mujeres por igual. El tipo a mi lado me miró curioso a través de unas gafas oscuras enormes, y me preguntó en un inglés británico que si esta era mi primera vez en Hong Kong.

Aterrizamos rasurando las azoteas de los edificios multifamiliares que plagaban un valle extenso enmarcado por la bahía. Rebotaron los neumáticos sobre la pista un par de veces antes de estabilizarnos y frenar frente a un aeropuerto de ventanales de piso a techo. La señal del cinturón se apagó, y un par de azafatas abrieron la escotilla del avión dejando entrar un aire marino a la cabina. Me incluí en la fila de pasajeros y descendimos por una escalera portátil hacia el asfalto. Noté que yo también tenía un par de pantalones entubados marca Topeka sobre mis piernas, y unos zapatos de plataforma en mis pies siguieron los pasos de los otros turistas hacia el interior del aeropuerto. Pasamos debajo del ala derecha, bajo el motor de hélice, leí sobre el costado de la nave las letras azules de Pan Am, una compañía extinta desde hace más de dos décadas.

El interior del aeropuerto estaba acondicionado, el aire era fresco pero tenía un olor intenso a refrigeración, a humedad. Un par de cornetas de aluminio anunciaban los vuelos, la voz de una mujer hablando un inglés colonial, de acento chino, reverberó en el techo del galerón, amplificándose entre las láminas acanaladas de asbesto sobre las estructuras que sostienen el techo. Floté incrédulo sobre el piso de mármol jaspeado, sabía que estaba soñando, estaba consciente de que aquello no era real, pero me empeñé en observar cada detalle de aquello que era producto de mi mente, de mi imaginación. —¿Cómo puedo tener tanta loquera guardada en mi coco? —Pensé riéndome de mí mismo, atónito de tanto detalle, de tanta realidad virtual materializándose frente a mis ojos.

Caminé por los pasillos hacia la banda de reclamo de equipaje, rodeado de gente de muchas nacionalidades distintas, me entretuve un rato observando la pasarela de modas exóticas, de prendas de colores en alto contraste, de telas brillantes, de materiales plásticos, aquella imagen parecía un fragmento de una película de Quentin Tarantino en calidad technicolor. Continué hasta la salida, y vi algo que llamó mi atención más que el resto de todo ahí, el letrero amarillo y rojo de Kodak sobre un local de productos fotográficos me hizo acercarme a un pequeño aparador repleto de cámaras, de paquetes de filme, de cartuchos desechables de flash, de esos que comparabas por separado en aquellos tiempos e insertabas en una muesca sobre las cámaras 110. Pensé en lo interesante que sería intentar fotografiar mi visita, tirar unas tomas, capturar de algún modo este mundo subconsciente mío, por el solo afán de divertirme, a sabiendas de

que nada de lo que veía existiría al despertar por la mañana. Metí mi mano a mi bolsillo derecho y sentí mi billetera llena, y al sacarla me encontré un montón de libras esterlinas en ella. También me encontré un pasaporte mexicano con mi nombre y apellido en el bolsillo trasero; de verdad que no se me escapa ni un detalle en estos sueños. Le eché un vistazo a la vitrina de la tienda, y elegí una camarita muy portátil, de filme 110 milímetros, de esas que tenían que abrir y cerrar para hacer girar el rollo. Pagué treinta libras a una vendedora asiática por un kit que incluía dos flashes y dos cajitas de película, con un billete de cincuenta, me entregó el cambio, salí a sentarme a la sala de espera para abrir mi paquete e instalar uno de los rollos, y comencé a hacer encuadres de la gente, de la tiendita de fotografía, del escaparate lleno de curiosidades, postales, souvenirs, juguetitos de cuerda de hoja de lata de los que tiran chispas por la trompa y caminan con torpeza en dos patas. Le saqué un acercamiento a un dragoncito muy bonito como el que alguna vez tuve cuando niño. Estaba fascinado haciendo fotos de todo lo que mi mente recreaba en este viaje imaginario a oriente y al pasado.

Salí hacia las calles repletas de gente, de autos, de bicitaxis, de anuncios de neón, y me quedé pasmado por tanta cosa rara, por tanta vendimia, por los olores a comida exótica, de nuevo admirado por tanto detalle, por el poder inmenso de mi imaginación. Tuve la sensación por un momento de haberme dejado engañar por la simulación, me confundí unos instantes, dudé en estar vivo o muerto, de estar despierto o dormido. Observé cuesta abajo la línea horizontal del mar punteado de islas a la distancia. La bahía tenía un color verde azulado. Siempre me ha fascinado el océano, el agua marina, las playas, y pensé que no debía dejar pasar la oportunidad de echar un vistazo a la costa, antes de que la mañana me terminara sacando de este sueño.

Bajé una cuesta empinada hacia el puerto en dirección a las torres flotantes de los cruceros atracados en un muelle muy largo, parecían pequeños edificios de apartamentos, como los cientos que se elevan por toda la ciudad. Alcancé la orilla, el agua estaba muy clara, de un color muy intenso, casi turquesa. Pensé en que mi cabeza estaba mezclando geografías, ese mar parecía más el Caribe que el Mar de la China meridional.

Me acerqué a la orilla del muelle y descubrí un abismo submarino poblado de grandes cetáceos de algún tipo, elevándose hacia la superficie en mi dirección, como viniendo en mi encuentro. Tomé la camarita e hice algunas fotos, algunas composiciones intentando capturar aquella maravilla. —Clic, clic, clic, clic. —Sentí la película girar dentro de la carcasa al oprimir el obturador, encuadrando la imagen de esos mamíferos monumentales nadando desde el fondo hasta la superficie, rumbo a la orilla del muelle de concreto desde donde los observaba. Sus cuerpos ondulantes se hicieron cada vez más grandes hasta que por la falta de una referencia espacial, no me di cuenta de lo enormes y cercanos que ya estaban. La trompa de un crío de ballena gris surgió de entre las olas, saltó hasta mí golpeando mi cámara, la cual cayó hundiéndose en la profundidad. Intenté retroceder lejos de la orilla pero perdí el equilibrio al pisar

una cuerda de barco y caí en el agua fría, tragado por un remolino producido por la cola del animal. Sentí mi cuerpo descender hacia un fondo distante, oscuro, y de pronto me vi rodeado de esas criaturas colosales, danzando un ballet acuático con una gracia indescriptible. Parecía que aquellas ballenas giraban en torno a mi cuerpo diminuto creando un vórtice que me comenzó a succionar con más fuerza. No tuve miedo, sabía que estaba en medio de un sueño, e intenté capturar con mis ojos, o con mi mente, o con lo que fuera que me estuviera permitiendo ser testigo de semejante experiencia alucinante, pero la falta de oxígeno, la asfixia me hizo darme cuenta de que si este en realidad era un sueño, me estaba ahogando en ese mar de mi subconsciente. El reflejo en mi diafragma me obligó a aspirar involuntariamente, tragué agua que penetró en mis pulmones, sentí un dolor intenso, el pánico me invadió, mi cuerpo se estremeció sintiendo mi alma abandonar la vida hasta que todo fue oscuridad, silencio hondo.

Desperté de golpe sintiendo la humedad de mi cuerpo adherido a mis sábanas. Un olor a sal, a mar, inundó mi olfato, aspiré profundo, llené mi pecho de ese aire oriental, de ese aroma a ballena. Pensé en las fotografías que acababa de hacer, y en esas treinta libras que se habían sumergido junto con esa camarita de bolsillo. Recordé mi visita fugaz al Hong Kong de los setenta, en mi suerte de viajar nocturnamente sin moverme, sin gastar un centavo, sin el estrés que siempre me causa el mundo que habita la gente despierta.



Paúl Núñez

Rumbos

Francisco Duarte Cué

Verla hacer remolinos en la taza de café para luego detenerlos con la cucharilla sin hacer ruido, siempre lo hacía recordar la primera vez que se vieron en una cita. Cuarenta y tantos años después de aquellas épocas preparatorias la vida los había puesto en camino propicio para retomar una relación de cercanía que ambos deseaban sostener. Algo separados de norte a sur por la megalópolis, ambos ponían algo de esfuerzo para reunirse en un lugar intermedio y lo hacían tan seguido como se puede en estas épocas de complicados traslados.

Desayunaban con calma y se daban buen tiempo para el platicarse los vericuetos que sus caminos de vida habían tomado. Las buenas y algunas malas, éxitos y trapiés, con todo ello conformaban el gran tema de la mañana en que se veían mientras ella hacía y detenía los remolinos en su taza. Se despedían siempre con el cariño que se tenían y regresaban en su transporte al quehacer del día con día, fijando siempre una fecha tentativa para otra tanda de café con panes de dulce.

La confianza fue creciendo junto con la intimidad del contenido de las pláticas. Eso lo animó a confesarle un pendiente que tenía ante ella:

siempre ha cargado con la intención de darle un beso mientras que su mano derecha, cual pieza de un Ravensburger, embonaba en su seno izquierdo para cubrirlo con ligera presión. La confesión la sonrojó y creó un raro brillo en sus ojos que la llevó a bajar la mirada y promover el final del desayuno. La acompañó a su auto y ella le dio un beso repentino que más bien fue a dar al aire, con prisa abrió la puerta y arrancó.

La *web* los sigue ayudando a reunirse, a acompañarse y desayunar uno con otro, con largas video llamadas; cada quien por sus rumbos.



Valeria Bandala Díaz

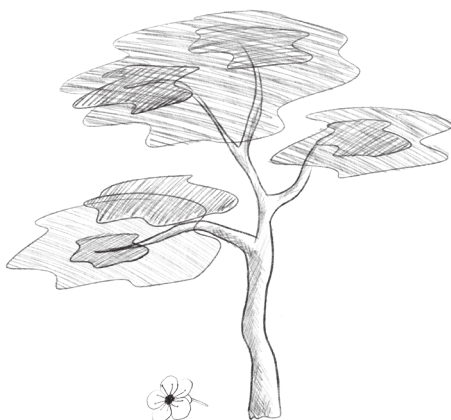
Entre el diván y el panteón de los cerezos

Carmen Moreno

Las paredes son las mismas y eso empieza a inquietarme. La pintura no ha cambiado, aunque viéndolo bien seguro pronto lucirá diferente. Sería bueno que ponga naranjas por azules o blancos por amarillos. En verdad no sé, estoy pasando por un momento difícil en mi vida, por eso estoy en este diván; tal vez todo lo pinte de púrpura o quizá me decida por un intenso rojo fuego con una capa de gris en agua. Sería el símbolo perfecto de la pasión perdida.

Soy tan impredecible... Aunque me parece que en estas circunstancias sería mejor elegir para el fondo de la pared principal (la de la sala, claro) un negro. Sí, un negro intenso como el luto de mi alma. Es un color sobrio, siempre me gustó vestirlo y lo hacía con elegancia en los momentos más oportunos. Justo antes de la muerte de un ser querido sentía un extraño deseo por ataviarme de la cabeza a los pies en color negro y hasta el cabello me lo llegué a teñir igual. Buscaba en el armario todas las prendas negras que poseía: zapatos, bolsos, medias, bueno, hasta la ropa interior. Hoy ya no me gusta tanto, creo que pondré la pared principal de otro color. Estoy confundida, tal vez termine por preferir un gris que disimule el profundo abatimiento con discreción y es que han sido tantos cambios y tan inesperados que debo decidir entre tomar las cosas en serio o volverlas triviales, transformar lo tradicionalmente solemne en actos de banalidad, donde nada tenga importancia y el abandono se haga cómplice del vacío para robarse los instantes que devengan como toda verdad de lo inicuo de la realidad.

Vestirme de arlequín en primavera, ponerme en lugar de un abrigo acogedor en invierno en traje de buzo, donde todo se resbale y el frío intenso de las ausencias no penetre el alma y para los días festivos colocar floreros con cardos y flores de colores. Que se perciba de forma clara su antagonismo, su definitiva asimetría como asíntotas distantes, absorbiendo unos a



Paloma Niembro

otros toda su energía vital hasta que las tristes flores languidezcan y sucumban ante los recios cardos de tallo cetrino. Después todo habrá terminado y volveré a pensar en qué color poner en las paredes; pero antes iré al panteón de los cerezos a caminar entre las criptas comiendo un delicioso helado de cempaxuchitl, la flor de los muertos, la que da color a sus tumbas, la que dibuja los senderos que llevan del cielo al infierno y nunca se detienen en el purgatorio, ésa que tiene color de calabaza y presagia noches oscuras. La gente no la ha probado, pero es deliciosa. A mí me gusta combinarla con jarabe de ortigas.

No se ría, es en serio, tengo gustos excéntricos. Siempre grabo una flecha en cada árbol de cerezo para cuando no tienen flores los pasillos del panteón poder encontrar el camino de regreso. No crea, me preocupa que un día me aturdan tantos recuerdos y me detengan las penas a platicar con ellas como lo hago con usted, usted el hombre sin rostro al que nunca le veo los ojos, pero lo adivino en mi conciencia, observándome fijamente cuando al querer encontrar la razón me pierdo en mis delirios.

Creo que por el momento no pintaré las paredes. Me parece que sería mejor desnudarlas, dejarlas sin color, neutras con los tabiques exhibiendo su rupestre rostro. Aunque sé que no es buena idea, parece que sería mejor demoler todo y empezar de nuevo; pero antes dígame cómo puedo hacer para volver a oír cantar los grillos en la noche, cómo puedo negarme a escuchar los reclamos de las voces que conocí y a extrañar los abrazos que nunca sentí, cómo si no pinto las paredes y si no camino descalza por la lluvia en el panteón de los cerezos y si éstos no vuelven a tener flores. Si todo se demuele, cómo podré encontrar la salida. Los árboles también caerán y yo me perderé entre mis furias y lamentos, entre el ayer y el presente, ¡el futuro y este instante donde las paredes son las mismas!

Conversión

Gerardo Melgarejo S.

El vértigo germina en mis adentros

En el charco de lluvia habita el reflejo de los árboles y cielos. Si lo miro, las ramas del árbol se mueven. Observo de reojo a lo alto y comparo; sólo impera la quietud.

Conquista mi atención porque es disímil; travesía que encarna conocerme.

En el charco, veo al hombre en reciprocidad de conciencias, me convierto en espejo que el alma irradia.

¿Qué existe debajo de la cavidad con agua? ¿Habrá árboles y cielos de cabeza?

—¡Mira, quedaron en el suelo una serie de estrellas dibujadas!

—¡Sí, se distinguen algunos planetas!



Guirza Shueke

El hombre

Josefa Laura Pérez Aguilera

Un día apareció. Se sentaba al pie de una pared de aquella iglesia sin atrio y sin torres, detrás de unos bultos del color de su ropa y de su piel. Era la repetición de esos seres que se tiñen con el tiempo de los colores del olvido y la inexistencia.

Cuando intento recordar su rostro solamente veo humo, sin embargo en ocasiones aparecía en el fondo de todo ese hollín una chispa mínima. Esa mirada me revelaba que dentro de aquel fantasma habitaba todavía un hombre. Su figura formaba parte ya de aquel muro: muro madre, muro mesa, muro lecho.

Alguna vez le atisbé una sonrisa en medio de su soliloquio —acaso conversara con el sol—.

¿En qué constelación habrá habitado ese ser que parecía estar ahí?

Un día de primavera el muro amaneció sin él. Nunca lo vi llegar, no lo vi partir.



Valeria Bandala Díaz



9 de cada 10 personas
prefieren comer en

PANCHA PATA

¿quieres ser el décimo?

Amores 949, esquina con Ángel Urraza

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
María Elena Sarmiento
Virginia Meade (†)
Andrea Fischer
Fernando Corona

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas
Eiisa Márquez de Sampedro

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada
Un recuerdo
Cecilia Durán Mena

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy
Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:
Brandon Hurrle García
Fabianne Gutiérrez
Sofía Aranka

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital
www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 5575 0476



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número cuarenta y dos. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Febrero - Marzo de 2023.



También estamos en:



porescritomx



@PorEscrito_



revistaporescrito



PorEscrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac 16.70 AM
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

*“Todo me dolía hasta que me cansé también de eso,
porque con el tiempo, el dolor aburre.”*

Almudena Grandes,
La madre de Frankenstein



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir